

NÚM. XXXIV

FRANKLIN.

(1706-1790.)

Un jóven de veintiun años se encaminaba un día á Filadelfia, sin llevar en el bolsillo mas que unos cuartos, con los que compró tres panes, poniéndose uno bajo el brazo derecho, otro bajo el izquierdo, y comiendo del tercero. Venía de trescientas millas de distancia á buscar fortuna; ¡buscar fortuna, sin amigos, conocimientos ni títulos, en una ciudad populosa, donde cada cual mira por sí y trata solamente de salir adelante!

Pero ¿qué capitales trae este jóven á un mundo que calcula y envidia, que considera pérdida propia la ganancia ajena? Trae industria, economía, aplicacion, perseverancia, observacion; y bastarán para abrirle paso, es indudable; y el jóven llegará á ser un físico insigne, un fundador de la libertad de su país, y sobre todo un grande hombre.

Pero, entendámonos, un grande hombre, no como los de la antigüedad y de Plutarco, que exterminan veinte mil enemigos en una batalla; que por celo de libertad matan á su hermano y asisten al suplicio de su hijo; que por magnánimo desprecio del sentimiento trafican en esclavos y prestan las mujeres; que por avidéz de gloria se sublevan, conspiran, conquistan, aturden al mundo; en suma, héroes, pero no hombres. ¡Ah! el heroísmo moderno es muy distinto; pacífico, sufrido, espera la obra lenta, pero tranquila del tiempo; calcula los efectos, y sobre todo ahorra lágrimas y sangre. Aquellos eran rayos que aterraban y herian; estos son fabricantes de máquinas de vapor, que, despues de un largo trabajo, consiguen producir efectos que se admiran y bendicen.

Benjamin Franklin, el jóven de quien acabamos de hablar, nació en Boston en 1706, siendo el decimotercio de una familia de artesanos; y apenas aprendió á leer y á escribir, le dedicaron, de diez años, á hacer velas, como su padre. Aplicábase Benjamin; pero, siempre que lograba un momento libre, corría al mar, donde adquirió grande experiencia como nadador y remero; los pocos cuartos que ahorraba del alimento, los convertía en libros de viajes y de

historia. Su padre, descontento con la conducta del que llamaba el *literato de casa*, le puso á aprender el oficio de impresor bajo la direccion de otro hermano, y allí estuvo hasta los veintiun años, manejando letra y cajas, regletas y prensas. Como trabajaba con pasion, no tardó en ser uno de los mas hábiles operarios, y los dependientes de los librereros amigos suyos le proporcionaban libros que leía ansioso. El *Ensayo sobre los proyectos* de Foe, autor del *Robinson Crusó*, y un tomo suelto del *Espectador* de Adisson, le inclinaron á una instruccion variada, á una delicada moral, á ver en todas las cosas las mejoras factibles. Quiso escribir, y compuso algunas coplas de ciego, que le valieron elogios; pero, por fortuna, un amigo sincero le dijo la verdad, y le salvó así del peligro de ser un mal poeta, ó lo que es aun peor, un poeta mediano.

Comprendió entónces la necesidad de limar el estilo, y no dejarlo á la casualidad como muchos. En cuanto á los periodos, repitió las pruebas que las personas sábias conocen y de que se burlan los presuntuosos; pruebas diarias y oscuras, compensadas luego por la facilidad y precision con que se compone. Á diez y seis años leyó á Locke *Del entendimiento*, la *Lógica* de Port-Royal, los *Memorables* de Jenofonte, y aprendió á explicarse sus ideas y á esclarecerlas. Dirigió este análisis á su vida. Se impuso un régimen estricto de alimento y la mayor economía en cocer las patatas y el arroz; renunció al vino, para ahorrar algun cuarto y no imitar á sus beodos camaradas; con lo que se captó el aprecio de estos, cual acontece al que no se halla nunca desprovisto de dinero ni de juicio, dos cosas cuya falta hacen al hombre tan despreciable, desde que Esparta fué destruida.

Analizaba y descomponía la virtud en sus varios elementos, como Newton la luz y Lavoisier el aire; y al fin del día, cuyos gastos y horas tenía distribuidos con igual exactitud, examinaba los maravedises que habia gastado fuera de lo necesario, los defectos corregidos,

las buenas cualidades desarrolladas. Y como la persuasion es uno de los obstáculos mas fuertes á la mejora, se acostumbraba á no decir jamas: *Estoy cierto; Está bien; Apuesto á que...; sino Me parece; Seria de dictámen*; á anularse para llegar á su objeto; á dejar á otros el humo para obtener lo sólido; á *bajarse á tiempo*, como un viejo le habia enseñado una vez que dió con la cabeza contra una viga; á confiar en su actividad, sobriedad, paciencia y perseverancia.

Su hermano, el impresor, se propuso publicar una gaceta, la segunda que se habia visto en América; y Franklin intercaló allí un artículo suyo, conservando el incógnito, para evitar la crítica. En efecto, ignorándose el autor, alabaron la obra, y gustó; y ya luego pudo darse á conocer. Si se quiere saber las espinas con que tropieza el hombre honrado al entrar en la carrera de la literatura y el periodismo, pregúntese al que experimenta aun sus efectos; y no sorprenderá ver á Franklin irritado con su hermano, con el gobierno, con sus rivales, quejarse como otros muchos de la *ingrata patria* y marcharse á Nueva York y á Filadelfia. Allí, á fuerza de trabajar, consiguió algo; pero un proyectista, de esos que consideran demasiado largo camino para hacer fortuna el trabajo, la paciencia y el ahorro, le aconsejó ir á Londres; á Londres, el país de las riquezas y de los empleos.

Fué efectivamente; pero ¿quién se cuida en Londres del extranjero que llega allí sin título ni guineas? Deshechos sus castillos en el aire, consumido lo poco que le quedaba, eucontróse Franklin solo en aquel inmenso caos, sin medios ni apoyo; y en amistades, amor y protecciones, experimentó esos desengaños que tanto cuestan, que envilecen al débil, y acaban por persuadir al fuerte de no confiar mas que en sí mismo. Hizolo así Franklin; puso su confianza, no en poderosos amigos é influyentes patronos, sino en sus propios brazos, con los cuales ya manejaba las prensas de una imprenta, ya los remos de una navécula en el Tamesis; enseñaba tambien á nadar, y de este modo ganaba su pan cotidiano.

De vuelta á Filadelfia, pensó formalmente en adquirir dinero y reputacion; y consiguió ambas cosas trabajando dia y noche, viviendo sóbriamente, dando buen ejemplo, y respondiendo con los hechos á las detracciones de la envidia. Así pudo establecer una imprenta (1729), se casó y empezó á publicar el *Almanaque de Ricardo Bueno*, coleccion de consejos y verdades prácticas, expresadas en forma de proverbio, que están en la memoria de todos y se aplican cien veces á los casos propios y ajenos:

« La llave que se emplea á menudo, se conserva luciente como plata; no empleándola, se llena de herrumbre. Así sucede á nuestro entendimiento. La constancia obtiene las cosas mas difíciles en poco tiempo. El hombre que se

acuesta temprano y madruga se mantiene sabio y rico.

» El que sabe trabajar no se muere de hambre. El hambre está en acecho á la puerta del hombre laborioso; pero no se atreve á llamar.

» No te pongas guantes cuando tengas que andar en la olla: gato con zapatos no caza ratones.

» La contribucion con que nos abruma la pereza, es doble de la que nos impone el gobierno; la soberbia la triplica y la locura la cuadruplica; los cobradores no desfalcán nada.

» Te quejas de que la vida es corta; pero el tiempo es el hilo con que se teje la trama; ¿Por qué, pues, lo arrojas? La zorra que duerme no come gallinas.

» El que vive de esperanza muere de sentimiento.

» El que tiene un oficio tiene un campo: el que tiene una profesion útil y honrosa tiene un empleo.

» No he visto nunca echar grandes ramas á un árbol á menudo trasplantado, ni enriquecerse á una familia que muda frecuentemente de casa. Tres mudanzas equivalen á un incendio.

» Un vicio cuesta tanto como dos hijos.

» Cocina gordá, testamento flaco. La gula deja sin camisa. Los locos dan banquetes y los cuerdos gozan.

» El que pide dinero prestado pide una mortificación. La cuaresma es muy corta para los que deben dinero en pascua. Mejor es irse á acostar sin haber cenado que levantarse con deudas.

» La ambicion que á medio dia se alimenta de vanidad, por la noche se alimenta de desprecio. El orgullo se desayuna con la abundancia, come con la pobreza y cena con la infamia.

» La experiencia tiene una escuela muy cara; pero es la única donde pueden aprender los locos.

» La senda que lleva á la riqueza, si queréis saberlo, es llana y tan fácil como la que conduce al mercado. Para seguirla se necesitan dos cosas, asiduidad y sobriedad; ó en otros términos, no desperdiciar nunca el tiempo ni el dinero, y hacer de ambos el mejor uso posible.

La filosofia de Franklin, como se ve, es el deísmo de Locke. Shaftesbury y Collins lo habian arrastrado al escepticismo y á la indiferencia de lo que está de tejas arriba; así carece de dogmas, de pasion; estricta prohibicion, pero ningun arranque, como aquel vaso que él inventó, y en el que la llama baja en vez de subir. Eliminando de la moral la idea divina, quitó el tipo supremo de lo bello y de lo justo, la llave maestra de todas las teorías, y formó una doctrina buena para un hombre pacífico, tranquilo, como hijo de padres profundamente religiosos, como él, pero incapaz de resistir al choque de las pasiones.

¿Quién no ve este defecto en la ciencia de *Ricardo Bueno*? El mismo Franklin lo conoció en edad mas madura; pero si á su análisis se

escapaba la idea á un tiempo tan compleja y sencilla de la Divinidad, preciso es confesar que jamas se desvió de la moral, árida alguna vez, pero siempre recta, amiga del hombre, aunque sin grandes sacrificios, incapaz de crear héroes, bastante para formar hombres de bien.

Siempre recto en la aplicacion práctica, halaga la curiosidad con los títulos mismos de sus obras, y con la brevedad, pues los escritos para que sean útiles conviene que sean breves. Como un divino modelo gusta de emplear parábolas, forma tan popular. Nos cuenta de cuando era muchacho, y que habiéndole llenado los suyos el bolsillo con motivo de una fiesta, corrió á vaciarlo en la compra de un flautin, bonito á la verdad, pero muy caro, segun todos le decian. Desde entónces, cuando veía á alguno gastar por adquirir nombre, despreciar la paz y la libertad por obtener un grado, arruinarse por conseguir el aura popular, ó desperdiciar el ingenio y las fuerzas por correr tras los deleites, le decía: « El flautin » te cuesta demasiado caro. »

Ya indica el medio de tener sueños agradables, que es irse á acostar con la conciencia limpia; ya saca del ajedrez una buena y hermosa morai. Refiere de uno que tenia una pierna bien hecha y otra flaca y corta, y cuando se encontraba con alguien ó trababa conversacion, se detenía á ver quién fijaba la mente en la bien formada y quién se burlaba de la otra; huyendo de estos últimos, peste de la sociedad. Así nosotros, que tenemos todos una pierna hermosa y otra deforme, despreciamos á los malignos que nos consideran siempre por el lado peor.

Dice que la lámpara mas económica es acostarse temprano y madrugar; combina con vasos un armónico; aconseja abonar el trébol con yeso, y viendo que no le hacen caso, lo esparce como si quisiera escribir: *Este trébol ha sido abonado con yeso*; letras que luego se leen, señaladas por el mayor desarrollo de la planta. Inventa las chimeneas que han conservado su nombre para gastar poca leña y calentar mucho, y no admite el privilegio de invencion, declarando que quiere sobre todo el bien general.

Lo difícil para un hombre nuevo es conseguir el primer escudo, y dar el primer paso: lo demas viene por sí. Benjamin no tardó en ir de diputado á la asamblea general de Pensilvania (1747); despues (1753) fué nombrado director de correos; y puede calcularse cuán útil sería un hombre de las condiciones de Franklin en un país donde todo estaba por hacer. Instituyó un gabinete literario, un cuerpo de bomberos, una asociacion para defenderse de los Indios limitrofes, mostrando de continuo la importancia de reunir pequeñas fuerzas para obtener grandes efectos. En suma, fué el representante espiritual de su país; fué su verdadero rey, aunque impresor, como tú, lector,

eres aun el niño que mecía tu madre, y sin embargo andas, piensas, trabajas, y quizá ratiocinas.

Pero existen trabajos que son hijos de meditaciones solitarias como los de Franklin sobre la electricidad. Hacia algun tiempo que las personas estudiosas se dedicaban con ardor á observar esa misteriosa fuerza de la naturaleza; pero esta parte de la ciencia, limitada en sus resultados, nula en sus aplicaciones, objeto de mera curiosidad, se consideraba la parte mas especial de la física. Ni aun se conoció su importancia cuando en 1746, Muschenbroek y Allamand descubrieron la botella de Leiden, simplificada por Watson, que intentó ademas medir la rapidez de este fluido. Franklin se dedicó á explicar aquellos fenómenos en una serie de cartas que la Sociedad Real de Londres no quiso insertar en sus *Actas* por celos académicos, pero que se tradujeron pronto en todas lenguas. Restituyó á la electricidad el carácter de ciencia física, mientras que el sacudimiento causado por la botella parecia darle el de ciencia fisiológica.

Al principio suponía dos electricidades, la vítrea y la resinosa; pero despues se vino en conocimiento de que no habia mas que una, ya positiva, ya negativa. El hombre del análisis sometió tambien á este la botella de Leiden, deduciendo de aquí su teoría de la electricidad, presentada despues, en traje metafísico, por Epino y Cavendish, y que consiste en suponer un solo fluido eléctrico, cuyas partículas se rechazan entre sí, mientras que la materia las atrae. Sabido es que los progresos de esta ciencia echaron abajo muchas de sus hipótesis.

Pero asentó en bases firmes dos insignes doctrinas: la desaparicion de la electricidad por medio de las puntas, de modo que no puede acumularse en cuerpos puntiagudos; y la produccion del rayo por un exceso de la electricidad en la atmósfera, resultando que el mismo fluido que produce los juegos de la botella de Leiden, es el que hiere los palacios y los montañas. Véase, pues, nuevamente destruidas por su análisis las ilusiones fantásticas que daban al rayo cierto aspecto sobrenatural.

Asociando ambos principios, imaginó que se podría con las puntas descargar la atmósfera del exceso del fluido; y tal fué el origen de los pararrayos. Para someter esta hipótesis á la experiencia, armó con una punta á una cometa, y obtuvo la chispa eléctrica; deduciendo de este juego pueril la práctica que atraeria los rayos á los piés del hombre, el ente mas débil de la creacion por sus fuerzas corporales, el mas sublime por los arranques del espíritu.

Estas consideraciones, como se deja ver, no las hacía Franklin; el cual veía, observaba, experimentaba, deducía, y nada mas.

Originándose cuestiones entre la metrópoli y las colonias inglesas de América, que empezaban á mirarla con malos ojos, como un hijo ya grande que se siente capaz de gobernarse por

sí, fué enviado Franklin á Londres, en representacion de muchos países norte-americanos. Su mision era conseguir la *revocacion* del acto por el cual la metrópoli queria imponer una contribucion nueva y no consentida por las colonias; y logró que se le oyese ante la cámara de los Comunes (3 de febrero de 1766). Allí con firmeza, precision y facilidad respondió á las preguntas; dió las noticias que se pidieron sobre el comercio, la hacienda, la política, la administracion, y salió bien de su empeño. Creció, pues, en estimacion; conoció mejor á los hombres y las doctrinas, y la misma Academia que no habia admitido sus escritos, quiso entónces honrarse, contándole entre sus individuos. Fútil recompensa á una gloria ya formada, aunque hubiera podido servir de estímulo á una naciente.

Franklin habia procurado infundir á las colonias de la América inglesa la idea de un gobierno único, bajo la presidencia del rey de la Gran Bretaña; pero como acontece á los que aconsejan términos medios, pareció realista á los liberales y republicano á los realistas; y se le acusó de Iamericano en Londres y de Inglés en América. Mas él, viendo el camino emprendido por Inglaterra, previó que la opresion conduciría á la libertad, y no lo llamó á amigos ni enemigos. Quería, sin embargo, que no se separasen de la legalidad, principal arma de los oprimidos que quieren emanciparse. No valieron los términos conciliatorios, y nació la revolucion que debía abrir una nueva era en la historia del mundo y asegurar á las opiniones el predominio sobre los hechos. Diez años de contiendas políticas habian acostumbrado á los Americanos á ocuparse en los fundamentos de la legislacion y de los gobiernos; la guerra con Francia les permitió conocer sus fuerzas; ademas de que las revoluciones hacen los hombres. Franklin comenzó trabajando á fin de que los suyos adquiriesen fama de gente honrada, equitativa, pacífica; verdadero modo de hacer recaer la culpa sobre los opresores.

Desde 1773 decía á sus conciudadanos: « No os déis demasiada prisa, muchachos: mirad que sopla la tormenta. Vamos en progreso, y dentro de poco serémos tan fuertes que no se nos podrá negar nada. Una lucha prematura nos detendría, ó quizá nos retrasaría un siglo. ¿Y qué? ¿Entre amigos es acaso origen de duelo cualquier falta mínima? Tampoco entre las naciones debe cualquier injusticia provocar la guerra y la rebelion. Bástenos por ahora sostener nuestros derechos, sin ceder uno solo, sin descuidar ningun medio de encarecerlos en la estimacion de nuestros compatriotas. Mantengamos sobre todo en buena armonía las provincias, á fin de que Europa vea que influimos algo en los negocios. Con tal conducta, en pocos años habrémos adquirido definitivamente el poder é independencia que deseamos. »

Le llamaron tal vez pusilánime y rémora;

pero en cuanto la paciencia agotada justificó la insurreccion, se le vió hacer el primer papel en los tres teatros de aquella accion única: América, Londres, Paris. Al principio mostró su valor con escritos satíricos populares: *El edicto prusiano*, *Arte de convertir en un pequeño imperio uno grande*. Su ida á Inglaterra desconcertó los designios de los ministros, y aumentó los obstáculos; desde allí daba avisos á sus conciudadanos de los preparativos secretos, y les envió cartas del gobernador Hutchinson, que se habia atrevido á interceptar, y que descubrian su mala disposicion hácia ellos. Á su vuelta decía: « Os tratan con cierto miramiento porque os temen; si cedéis, os tratarán como rebeldes; armáos. » Así, cuando llegó la hora oportuna, dió la señal de la insurreccion, él que hasta no verla madura, la habia desaprobado.

Conducirse con templanza en una revolucion es inmensa gloria, pues se requiere ménos valor para resistir en el campo de batalla á los enemigos que para atreverse á desagradar á los amigos. Y Franklin la mereció, aconsejando siempre la calma; pero dispuesto siempre á arrostrar la tormenta con sus compatriotas. Extraño á la guerra, se empleó en los consejos y tratados para extender la insurreccion, consolidarla con la concordia, persuadir que los términos medios no valen en los casos graves, y hacer decretar la independencia de su país (1776).

Entónces aquellos hombres tranquilos y virtuosos, que habian crecido en medio de los plantíos y de las tiendas, redactaron el fulminante preámbulo que declaraba los derechos del hombre y del ciudadano; gente de práctica, aplicaron al caso político los principios abstractos de la filosofía, y dijeron: « Cuando en el curso de los acontecimientos humanos, necesita un pueblo deshacer los vínculos políticos que le unian á otro pueblo, y ocupar entre las naciones del mundo el lugar distinguido á que le dan derecho las leyes naturales y divinas, el respeto debido á la opinion exige que declare los motivos que le han impulsado á obrar así. Es evidente, en nuestro concepto, que los hombres nacieron todos iguales, y que el Criador les dotó de derechos imprescriptibles, entre los cuales se cuentan la vida, la libertad, la investigacion de lo que mas conviene; que para asegurar estos se establecieron los gobiernos, cuyo poder legitimo emana del consentimiento de los súbditos; que cuando una forma de gobierno contraria tales fines, el pueblo puede alterarla y hasta abolirla, fundando otra nueva, apoyada en dichos principios, y lo mas sencilla que le parezca convenir á su felicidad y seguridad. La prudencia prescribe no se altere por frivolas y pasajeras causas un gobierno establecido; y la experiencia enseña que los hombres se inclinan mas á soportar los males, mientras son tolerables »